

CRISTINA PALOMAR
**QUÉ RAROS SON LOS
HOMBRES**

Ovejero, José. *Qué raros son los hombres*. Ediciones B, Ficciónario, Barcelona, 2000, 2ª edición.

El título de este libro produce un efecto inmediato y notorio: hace sonreír a las mujeres. Poderos suponer que esa espontánea sonrisa femenina tiene algo de malicia y de sutil venganza ya que, como se señala en la solapa de esta segunda edición, lo usual es encontrarse con la afirmación de que las mujeres son las incomprensibles. La formulación misma del "enigma femenino" tiene que ver con esa idea de que los hombres simplemente no lo gran comprender a las mujeres. Así que de pronto poner a los hombres en el lugar de "los raros" les gusta a las mujeres, pues habla de que, al parecer, los hombres no son menos enigmáticos que ellas; es decir, que

también ellos pueden resultar incomprensibles; pero, además, nos habla de que también las mujeres pueden a veces tomar una posición unificada y centralista para mirar a los varones como "los otros" —si es que son las mujeres las que dicen que los hombres son raros—.

Y es que, inevitablemente, una se pregunta quién es quien mira cuando se dice "qué raros son los hombres". ¿Son las mujeres, son los mismos hombres, alguien más? ¿Es posible una posición más allá de la pertenencia a una u otra identidad de género? ¿De quién es la mirada que, distancia de por medio, ve a los hombres "del otro lado" y los considera "raros"? Esto es interesante porque, planteado así, estamos frente a un juego de miradas: miradas que sitúan, que ubican, que ponen distancia y marcan posiciones. Un juego de miradas en un juego de espejos y que construye tanto al que mira como al que es mirado.

A lo largo del tiempo, pueden rastrearse distintas maneras en las que "el otro" se representa para la propia mirada. Los estudios de género han mostrado que, a partir de una posición "androcentrista" o "viricentrista", las mujeres han sido puestas, tanto en las ciencias como en las artes y en las religiones, en el lugar del otro, lugar que marca siempre el lugar de lo desconocido, de lo incomprensible, del enigma. Sin embargo, ese otro es siempre tan próximo, que es necesario producir un abigarrado imaginario que lo describa en una multiplicidad de imágenes, juicios y narraciones, ya que necesitamos definirlo de alguna manera que justifique una distancia, ya que ese otro es siempre un espejo cuyo cristal refleja, distorsionada, una imagen de uno mismo tan engrandecida como se necesite, de manera que en esa imagen encontramos la mirada que invariablemente regresa sobre sí misma, duplicada como efecto del reco-

nido sobre el otro. Es así como surgen las identidades.

Al decir "qué raros son los hombres", entonces, son los varones quienes ocupan el lugar del otro. Pero insisto, ¿quién hace este juicio?, ¿es Marta, la protagonista del quinto cuento y al que se le debe el título del libro?, ¿o es José Ovejero? Si se trata de Marta, entonces estamos frente a una cuestión muy simple: se trata del desconcierto de esta mujer por no recibir la respuesta esperada del varón que tiene enfrente. Esto quiere decir que cuando esto sucede, las mujeres, finalmente, reaccionan y señalan al varón como el otro extraño. Pero si se trata del juicio de Ovejero, las cosas se ponen más interesantes.

El título del libro produce una primera impresión engañosa: parecería que se está haciendo una generalización más, del tipo de "todas las mujeres son iguales" (que es lo mismo que afirmar que las mujeres son incomprensibles o que los hombres son raros).

Decir que los hombres son raros es una generalización basada en una visión esencialista de los sexos: hay una esencia masculina y una esencia femenina; es decir, algo inherente en cada uno de los sexos que explicaría que "todas" y "todos" compartiesen algo esencialmente idéntico, más allá de las subjetividades, los contextos y las situaciones.

A pesar de los avances en los estudios de género, muchas personas siguen creyendo que las diferencias que se observan entre hombres y mujeres son innatas y que reflejan una dicotomía esencial subyacente entre ambos. Desde el principio, los estudios feministas se plantearon el objetivo de cuestionar la falsa unidad del sexo y del género, intentando transformar las visiones esencialistas, y se dieron a la tarea de mostrar cómo las diferencias sexuales biológicas no podían ser responsables del significado social del género o de la distribución relativa del poder entre los hombres, entre las mujeres,

y entre los hombres y las mujeres. Sin embargo, aún ahora hay que repetir insistentemente sobre la diferencia entre el sexo (biológico) y el género (cultural), y seguir combatiendo la idea de que las diferencias entre hombres y mujeres son "naturales" y otorgadas por un orden superior al humano, argumentando por el contrario que, salvo la diferencia anatómica, las diferencias son sociales y anidan en los hábitos del pensamiento y de las instituciones.

Hay que decir que la tendencia a esencializar las diferencias de género no se limita a los hombres, ni tampoco a ciertas posiciones políticas o religiosas. Algunas escritoras contemporáneas siguen insistiendo en características fundamentales y eternas de los sexos para explicar posiciones con relación a la cultura, la ecología, la biosociología o el mismo feminismo. Y es lo mismo que subyace en los autores que hablan, por ejemplo, de que los hombres han perdido contacto con su "energía de Zeus" y recomiendan los retiros y ri-

tuales de hombres para restaurar el orden natural.¹ Estas visiones invocan imágenes de diferencias de género fundamentales, eternas y naturales que surgen directamente del sexo biológico, muchas de ellas apoyadas en pasajes bíblicos o en imaginarios escenarios primitivos que pretenden dar veracidad a la versión de diferencias sexuales naturales. Los hombres autoritarios y las mujeres cuidadoras de la antigüedad vienen a representar una masculinidad o femineidad subyacente que reside supuestamente dentro de los seres humanos. Estas representaciones suenan tan compatibles con los prejuicios de género, que parecen la evidencia de lo inevitable del poder masculino y de la fragilidad femenina, aunque sean solamente el resultado de un mal uso de las evidencias biológicas y antropológicas.

Es en estas representaciones en donde se basa la producción de los es-

tereotipos y los ideales de género. George L. Mosse² ha estudiado la manera en que se construyó el ideal moderno de masculinidad, invocado en todas partes como un símbolo de regeneración personal y nacional, y que ha sido un elemento básico para la definición del individuo de la modernidad. Al mismo tiempo que ha participado en su construcción, este ideal fue a su vez influenciado por los patrones normativos de moralidad y conducta; es decir, por las maneras típicas y aceptables de conducta en el conjunto social de los siglos pasados, que generaron un estereotipo masculino específico, el del *hombre verdadero*, que condensa una serie de atributos y valores, y que ha venido a constituirse en el parámetro que pretende medir la verdadera *hombria* de cada varón.

Estereotipar significa asignar a cada individuo todos los atributos del grupo

¹ Robert Ely. *Iron John: A Book about Men*. Addison-Wesley, Reading, 1990.

² George L. Mosse. *The Image of Man. The Creation of Modern Masculinity*. Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 1998, pp. 3-16.

al cual dice pertenecer, de manera que, en el caso del estereotipo masculino, todos los hombres deben conformarse de acuerdo con una masculinidad ideal. Por otra parte, todo estereotipo tiene una naturaleza que produce el efecto de que lo invisible se torna visible y público, de donde se derivan su importancia social y política, así como su función pedagógica.

Los estereotipos que trajo la modernidad deben ser vistos como parte de una búsqueda general de símbolos que hicieron lo abstracto concreto en el contexto de los inquietantes cambios que trajo la nueva época. Es imposible señalar el momento preciso en el que el ideal moderno de la masculinidad nació y llegó a ser parte de la historia de la modernidad; lo que sí puede afirmarse es que las distintas piezas que conformaron dicho ideal ya existían en épocas anteriores, sólo que no fueron sistematizadas o condensadas en un estereotipo sino hasta los inicios de la era moderna, en la que la importan-

cia de la estructura del cuerpo humano llegó a ser equivalente a —si no es que mayor que— la importancia de sus adornos. El estereotipo de la masculinidad fue concebido como una totalidad basada en lo que se construyó como “naturaleza” del cuerpo del hombre. En la medida en que el cuerpo humano iba tomando su forma simbólica en el contexto de la producción de símbolos visuales necesarios a los movimientos nacionalistas de la época, sus construcciones y atributos tomaron cada vez más importancia.

La masculinidad moderna condensaba una serie de atributos que reflejan tanto realidades sociales como un proyecto hacia el futuro. Entre los más importantes y generales de dichos atributos se cuenta, en primer lugar, la belleza masculina que es entendida como símbolo de la virtud moral; también el ejercicio del poder, aparejado con el autocontrol y la restricción de los impulsos y las pasiones, por lo que el valor de la razón es fundamental;

Otro atributo importante es el sentido de libertad y el compromiso con ésta; otro más es la noción de coherencia y, por lo tanto, de unidad interna del sujeto.

A pesar del nivel hegemónico que alcanzó este estereotipo moderno de la masculinidad, hay que decir que se produjeron gran cantidad de variaciones sobre el mismo, en relación directa con su contexto de producción y que implicaban adaptaciones, variaciones y movimientos. Sin embargo, una vez puesto en contexto, el tipo ideal de masculinidad de la era moderna deja traslucir el concepto normativo de masculinidad que impera en una sociedad. El hecho de que el estereotipo masculino varíe en los detalles habla de que en cualquier lugar donde la masculinidad moderna llegó a ser una fuerza política y social, fue puesto en el lugar de símbolo de los ideales y de las esperanzas de la sociedad. La masculinidad y lo que ésta sostiene, a pesar de sus variaciones, siempre refleja

los valores tradicionales de la sociedad, de manera que la masculinidad es la prolongación de ciertos imperativos morales, de ciertos estándares normativos de apariencia, conducta y comportamiento. Esto conduce a que cuando el sistema de valores tradicionales de las clases medias se ve amenazado, el ideal de masculinidad que ha construido se ve desafiado también.

El estereotipo de *la verdadera masculinidad* producido por la modernidad fue poderoso precisamente porque, al contrario de las ideas o los ideales abstractos, se tomó en algo que podía encontrarse en la realidad positiva: puede ser tocado, visto y hasta se puede hablar con él, de manera que se convierte en la prueba de su propia existencia y en un recordatorio viviente de la belleza humana, de la moral apropiada y de una muy amplia utopía, la de la modernidad.

Evidentemente hay otros estereotipos de masculinidad; y, además, hay lo que se llama "antitipos" o "contra-

tipos", que sirven para afirmar la veracidad del estereotipo que esto. Además, en el momento actual en el que hemos ingresado en algo llamado posmodernidad, debemos preguntarnos qué pasa con las masculinidades. Si la idea moderna del sujeto ha estado junto con los demás paradigmas de la modernidad, ¿en qué ha devenido el ideal masculino?

Lo interesante es que aún se pueden encontrar, debajo de cualquiera de las representaciones estereotipadas de género, algunos elementos que parecen dar cuenta de un mismo piso para imaginar la masculinidad y que se deriva de una confusión entre los planos imaginario y simbólico que crea la suposición de que la femineidad representa la carencia y la masculinidad es su opuesto; es decir, la posesión. Si esto se lleva al plano simbólico, debe decirse que tanto la masculinidad como la femineidad, ambas identidades de género, se definen por su oposición y por su ubicación mutua en relación con

el *falo*; esto es, con el lugar de la posesión simbólica del significante codificado o con su carencia. Esta definición es la que se encuentra más a salvo de la arbitrariedad del esencialismo y de las parábolas de las definiciones positivas y normativas.³

Los estudios de género, al entender la masculinidad y la femineidad como categorías variables en el tiempo y en el espacio, que expresan la manera en que, en un contexto específico, se elabora socialmente la diferencia sexual, han posibilitado la evaluación de las afirmaciones esencialistas acerca de la masculinidad o de la dominación masculina. Como se sabe, este campo de estudio trabaja sobre las elaboraciones culturales que se producen para simbolizar la diferencia sexual, en el marco de los diversos contextos sociohistóricos. En

³ R. W. Connell. "La organización social de la masculinidad", en Valdés, Teresa y Clavería, José (eds.). *Masculinidades/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres, núm. 24, Isis Internacional y FLACSO Chile, Santiago, 1997, pp. 31-48.

este sentido, cualquier forma que adopten dichas elaboraciones son objeto de estudio de este campo de trabajo. Ha sido la posición de subordinación que en la historia ha tenido el sexo femenino lo que ha dado como resultado un trabajo mucho más amplio y abundante en la línea de los estudios sobre las mujeres y las feminidades, como reacción a esa especie de asignatura pendiente en las formulaciones académicas tradicionales, como una acción afirmativa y reivindicativa, característica de una primera etapa en el desarrollo del pensamiento académico feminista, cuyo objetivo era poner a las mujeres en el mapa de la realidad, hasta entonces poblado solamente por los varones.

En la actualidad se ha llegado a otros planteamientos; se considera fundamental internarse en el estudio de las vías misteriosas y específicas por las que se construyen las diversas maneras en que se viven las masculinidades, tan misteriosas como las

feminidades. Desde que el pensamiento feminista puso sobre la mesa la evidencia de que los discursos patriarcales no son modelos neutrales, universales e inquestionables, sino que son el efecto de las posiciones específicas ocupadas por los hombres, se enterró la idea de un sujeto neutro; es decir, se estableció la relevancia de marcar con el género al sujeto social e histórico. Si el feminismo no hubiera cuestionado al sujeto universal que era implícitamente masculino, no se habría relativizado esa idea neutra. La insistencia en marcar el género del sujeto del que se trata ha tenido dos efectos: por una parte, ha hecho visibles a las mujeres pero, al mismo tiempo, también hizo visibles a los hombres en cuanto tales; esto es, en tanto sujetos marcados por su pertenencia a un sexo y atravesados por un discurso social de género; y por la otra, ha legitimado al feminismo académico que, al hablar de lo femenino, fundó lo masculino como objeto teórico, y a

los estudios de la masculinidad como un campo de trabajo en torno a éste.

Una de las primeras conclusiones que se produjeron en dicho campo fue la que señala que no puede hablarse de "masculinidad" en singular, sino que hay que hablar de "masculinidades", y que éstas siempre deben analizarse con base en el contexto en el que se presentan, ya que las masculinidades particulares no son fórmulas fijas sino más bien combinaciones de acciones y signos, tan poderosas como arbitrarias, formadas en reacción al y en relación con el complejo de relaciones materiales y demandas emocionales, construyendo códigos que permiten decir: "esto es lo que significa que eso es un hombre".⁴

En los cuentos de *Qué raros son los hombres*, lo que una encuentra, en primer lugar, es una mirada al mismo

tiempo —o por lo mismo— desilusionada e irónica, que relata situaciones originales, y que nos dice que no es posible meter a todos los varones en un mismo costal. Con esto, Ovejero nos está diciendo que, ante sus ojos, el estereotipo más usual de la masculinidad se ha resquebrajado y que, a través de sus fisuras, está entreviendo matices nuevos en los seres vislumbrados: el viajero en Cuba del primer cuento, que se enfrenta con su falta de deseo por las mujeres que se le ofrecen; el niño que es testigo del enamoramiento y la posterior desilusión que su padre sufre con su automóvil, al que ahora por el prestigio que le da el hecho de que éste es el único en toda la calle; el deprimido emigrado en Berlín que comparte casa con dos homosexuales, y que en medio de su indiferencia, es seducido por uno de ellos sin más observación que la de que "cerrando los ojos, la diferencia ni se nota"; el acosador sexual que tortura a Carmen en "el peso de las

⁴ J. Hean y David L. Collinson. "Theorizing Unities and Differences Between Men and Between Masculinities". Brod y Kaufman (comps.), en *Theorizing Masculinities*. Sage, Londres, 1994, p. 104.

horas"; Zoran, el entrenador de tenis que, lejos de responder al estereotipo del macho incapaz de detenerse frente a una mujer seductora, se comporta de una manera inesperada; el obsesivo incapaz de acudir a la cita que pondrá fin formal a su matrimonio y, con eso, a toda una idea de sí mismo; el ejecutivo que urde una inútil venganza contra un viejo rival en amores y en principios; el hombre viejo que, desconcertado e inerte, padece tanto su envejecimiento como el deseo por su propia hija; el grupo de "hinchas" atrapados en medio de su ritual bestial por los sentimientos desconcertantes que produce una inusual estriper; y el galerista pasado de moda y en tiempos difíciles, que se fuga de la pareja para vivir en un imaginario y compartido pasado lejano.

No hay que caer en el error de definir este libro como "un libro de cuentos con protagonistas masculinos", porque así no se dice nada. Finalmente, la gran mayoría de los protagonistas

en la literatura clásica, y en mucha de la contemporánea, son masculinos.

¿Qué distingue a estos protagonistas de los cuentos de Ovejero? Lo que encontramos en todos estos personajes, es justo el fracaso del ideal moderno de la masculinidad. Se trata de pintaladas que pintan al antihéroe, al hombre anticlimático, desconcertado, ineficaz, impotente, sorprendido, jaloneado, incoherente y sin ilusiones. Pero, además, yo diría que lo que los hace distintos de otros protagonistas masculinos es la mirada del autor sobre ellos. Una mirada que, como decíamos más arriba, es fruto de una distancia y de un lugar particular. A la pregunta de si es posible tener una posición más allá de la de los hombres y de las mujeres, habría que contestar que sí, porque es la posición que se deriva de tener muy claro que eso de ser "hombres" o "mujeres" tiene que ver más con estereotipos y representaciones de género —es decir, con máscaras— que con lo que nos mues-

tran las realidades humanas y el fragor de las relaciones intersubjetivas.

Ovejero, en el fondo, está hablando del espejismo que conlleva el intento de relacionarse con otro. Parece saber que en la sexualidad, a diferencia de la mayoría de otras relaciones sociales, los hombres que desean a las mujeres enfrentan sus mayores incertidumbres, inseguridades, dependencias y diferencias. Éstas son tensiones que responden a un imaginario social que sitúa al varón en el lugar de quien, frente a la imaginaria "carencia" femenina, posee aquello que "justifica" su "superioridad". ¿Cómo desear, cómo amar aquello que encarna la carencia y que, por lo mismo, la sientra en uno mismo? La única manera es, por la misma fuerza del deseo, abandonar la creencia en la completud posible, de cualquiera de los lados. El encuentro sexual conlleva implícitamente la deposición del ideal masculino que deniega la falta porque uno no puede prestarse al sexo si no se pierde el es-

tabuto de oro.⁵ En particular, la sexualidad pone en riesgo la "masculinidad" y al ideal masculino de una autonomía del ser propio, amenazada por la abnegación y autonegación del ser que engendra el deseo sexual, haciendo que la homosexualidad sea vista como una amenaza potencial a las solidaridades homosociales.

La única vía para vivir la subjetividad más allá del género es la que se abre al tomar distancia de los ideales que se construyen sobre éste y permite enfrentar el propio deseo, ya que esto significa tener la capacidad de enfrentar el yo desnudo que queda cuando se le amarra la cobija del nosotros. Es decir, es la posibilidad para lograr traspasar la ilusión de las identidades que nos arrojan con un imaginario que adormece la inquietud por saber quiénes somos. "Mandar al demonio a las personas impersonales que se apoderan de nosotros" es la única manera

⁵ J. Allouch. "Para introducir el sexo del oro", en *Litot*, núm. 27 "La capacidad sexual".

de "saberse una persona libre, solitaria y solidaria –o de hacerse nuevas ilusiones", como dice Zaid.⁶

Por otra parte, no es que Ovejero nos diga que los hombres son simples. Efectivamente, nos hace ver en sus cuentos que los hombres son raros, rarísimos (como perros a cuadros). Pero también Carmen, Marta, Asun, la estriper y demás personajes femeninos que aparecen en los cuentos, se muestran igualmente rarísimas. Con esto, el autor de *Qué raros son los hombres* nos dice que hay algo en la condición humana misma, más allá de las identidades de género, que nos hace a todos únicos y a todos enigmáticos.

Pero hay otra cosa que parece advertirse en la mirada de Ovejero: la

desilusión que se cubre de ironía. Se percibe una mirada desilusionada, la de un hombre que mira sorprendido a otros hombres en su dimensión humana. La mirada de un niño boquiabierto al descubrir la humana estatura de su padre, obliido por la caída y la pérdida del ídolo magnífico y perfecto. Una mirada de hombre desilusionado también del amor y de las posibilidades del deseo. Lo curioso es que, al mismo tiempo, detrás de todo esto se percibe la serenidad de alguien que ha logrado tocar una certeza: la de que, a pesar de todo, lo único que tenemos es el deseo y al otro para vivirlo.

⁶ Gabriel Zaid. "Nosotros", en *Letras Libres*, núm. 34, año III, octubre, 2001, México, pp. 30-34.